

Revolución azul

Joaquín Olona Blasco

Profesor de Colegio de Ingenieros

de Aragón, Navarra y P. Vasco

En el reciente Debate sobre el Estado de la Comunidad Autónoma, la Presidenta del Gobierno de Aragón, Luisa Fernanda Rudi, ha llamado a una nueva 'Revolución Agrícola' precisando que, además de producir, Aragón debe ser capaz de transformar y comercializar sus productos. No es habitual que en España, a diferencia de otras potencias como Francia, se haga referencia a la agricultura desde las más altas instancias gubernamentales; mucho menos como fuente de crecimiento y desarrollo económico.

Durante las últimas décadas, nuestro entramado político, social e institucional ha potenciado el rechazo a la agricultura productiva por considerarla impropia de nuestro futuro e incompatible con el desarrollo ambiental. En general, lo que en realidad es propio de países atrasados, todavía sigue excluyéndose lo agrario de la innovación y de la I+D, ignorando que la agricultura tan avanzada que sustenta nuestro siste-

ma alimentario presenta una completa y costosa dependencia tecnológica del exterior. ¿Alguien habría apostado en Aragón por una fábrica de tractores en vez de una de coches? Pues bien, John Deere, uno de los gigantes de la fabricación de maquinaria agrícola, al igual que Singenta, Monsanto o Nestlé, es una multinacional que basa su negocio en la agricultura y que destina presupuestos multimillonarios a I+D, entre 500 y 1.000 millones de dólares anuales.

Nuestra sociedad tampoco parece ser consciente del coste y riesgo que suponen las masivas importaciones de maíz y soja que España lleva a cabo, año tras año, desde los Sesenta. Semejante situación ni siquiera sirvió para atenuar el empeño que durante el cambio de siglo hubo en desmantelar la agricultura y en frenar los nuevos regadíos.

Pocos saben que la industria agroalimentaria es la primera rama industrial en España y en la UE, tanto en producción como en empleo. Tampoco es muy conocido que la agroalimentación lidera las exportaciones españolas.

Ninguna estadística ni dato oficial se hace eco en España, ni tam-

poco en la UE, del peso económico real que, en conjunto, tiene el complejo agroalimentario (agricultura, industria alimentaria y distribución de alimentos) que, con toda seguridad, excede el 8% del PIB. En EE. UU., con una visión más amplia y acertada de este complejo productivo, incluyen en el mismo los inputs agrícolas (maquinaria, fertilizantes, etc.) y le atribuyen un peso del 12,3% del PIB y del 15% del empleo total. Los países ricos destinan al consumo de alimentos y bebidas entre el 12 y el 15% de la renta de sus hogares.

La verdadera revolución agrícola debería consistir, simplemente, en aceptar con la naturalidad y ausencia de prejuicios propia de una 'sociedad del conocimiento' lo que, en nuestro contexto no es más que una simple evidencia empírica: el potencial agroalimentario. Basta con fijarse en nuestros vecinos del Eje del Ebro, que no en vano, junto con Madrid, conforman la España más rica y avanzada. La decidida apuesta que desde hace décadas llevan haciendo Cataluña, Navarra, La Rioja o el País Vasco por la agroalimentación se traduce, por ejemplo, en una productividad que supera entre 1,25 y 1,53 veces la de

Aragón. Pero también salta a la vista la decisión con la que apostaron por unos regadíos con agua, es decir, con la regulación hidráulica necesaria, abordando embalses tan comprometidos como Itoiz o Rialp. Entre tanto, Aragón ha persistido en su apuesta por unos regadíos sin agua, siendo la regulación hidráulica una asignatura todavía pendiente, sobre todo en Bardanas y en Riegos del Alto Aragón.

Pero nunca es tarde para rectificar, aunque ello exige empezar por admitir que la insuficiencia de regulación hidrológica interanual de nuestros ríos es mayor que la escasez real de agua y que negar el agua a la agricultura impide el desarrollo agroalimentario deseado.

Norman Borlaug, premio Nobel de la Paz (1970) que afirmaba que no habría paz con los estómagos vacíos, señalaba poco antes de morir (2009) que la humanidad debería propiciar, durante este siglo XXI, una 'Revolución Azul'. Una revolución con la que lograr una productividad del agua acorde con la de la tierra y con la tecnología disponible. Todo ello para completar la 'Revolución Verde' que él mismo propició a mediados del siglo XX.